

JERRY Z. MULLER, *Professor of Apocalypse. The Many Lives of Jacob Taubes*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2022, 637 pp. ISBN 9780691170596.

Emerson escribió que “la gradual domesticación de la idea de cultura” obraría la “revolución” del *scholar* americano. Mencionar al *scholar* americano por antonomasia a propósito de Jacob Taubes puede parecer extraño. Taubes no se sintió nunca a gusto en los Estados Unidos —ni en Nueva York o Rochester, donde logró cierta sensación de intimidad, ni en Princeton o Harvard, donde impartiría sus lecciones en el Emerson Hall— y probablemente no leyera una sola página emersoniana, aunque habría podido ser sensible, en otras circunstancias, a la peculiar adaptación que Nietzsche hizo del pensador americano en sus propios escritos. Un pasaje como el siguiente, por ejemplo, no habría debido pasarle inadvertido al sofisticado lector que fue Taubes: “Un americano [*i. e.* Emerson] podría [haberle dicho] lo que significa que un gran pensador llegara a esta tierra como un nuevo centro de fuerzas inauditas. Cuidado, cuando el gran Dios permite que un pensador llegue a nuestro planeta. Todo está entonces en peligro” (*Schopenhauer como educador*, § 8; entre corchetes la leve modificación del original). Uno de sus oyentes en Harvard en la década de 1950, que por entonces estaba empezando una carrera que le llevaría a defender con éxito a Emerson como filósofo —me refiero a Stanley Cavell—, se mostraría muy atento a las resonancias emersonianas en Nietzsche y es una señal de los tiempos que sus *Estudios trascendentales de Emerson*, que pronto se publicarán en español, aparecieran en la misma serie — Memoria Cultural en el Presente, editada por la Universidad de Stanford— en la que aparecerían las traducciones al inglés de *La escatología occidental*, *La teología política de Pablo* y *Del culto a la cultura*, los tres “libros” (aunque ninguno lo fuera en realidad) de Taubes. (La serie también incluye otro de los libros que Taubes leyó con más atención: los *Escritos teológicos* de Erik Peterson.)

Como la minuciosa biografía de Jerry Z. Muller muestra, Taubes no fue un “gran pensador” (ni siquiera un “gran pensador judío”, página 516) que pusiera todo en peligro, aunque el propio Taubes se imaginara a sí mismo con frecuencia en la posición de invocar fuerzas inauditas, sino un profesor, y su especialidad —nada impide que consideremos una especialidad el apocalipsis o el mesianismo, el gnosticismo o el nihilismo e incluso la revolución— puede perfectamente convertirse

en materia de examen: de hablar a los estudiantes viviría de hecho Taubes.¹ Es fácil darse cuenta, sin embargo, de que la universidad como institución no fue realmente, ni en Europa ni en América, el lugar apropiado para el desarrollo del pensamiento de Taubes. En ‘Los intelectuales y la universidad’, un escrito publicado antes de los acontecimientos de 1968 y recogido en *Del culto a la cultura*, el propio Taubes demostraría ser plenamente consciente de ello. En la sociología del conocimiento, un “intelectual” —a diferencia del *scholar* emersoniano, ajeno por completo a la universidad— está siempre más cerca del “sofista” que del “filósofo”. Que Taubes pueda ser “domesticado” en un sentido emersoniano, como un lector paciente llega a desear piadosamente a lo largo de las más de seiscientas páginas de Muller, no significa que Taubes renunciara a su especialidad —la coherencia existencial de “las muchas vidas de Jacob Taubes” se pone a prueba en los capítulos 11, ‘El momento apocalíptico’, y 12, ‘Desradicalización y crisis, 1969-75’—, sino que es en el terreno de la cultura, e incluso de la memoria cultural en el presente, donde hay que medirse con el tiempo que apremia. Que la cultura sea susceptible de domesticación forma parte de su etimología como cultivo de uno mismo y arraigo en el mundo; que Muller, judío y profesor como Taubes, utilice la imagen del “judío errante” —cuyas connotaciones antisemitas son casi imposibles de borrar— debe verse sobre este trasfondo (véase el capítulo 13). Que la domesticación de la idea de cultura, en última instancia, suponga simplemente una definición de los términos (desde rabino hasta profesor) nos ayuda a entender que, como Muller sugiere, Taubes viviera buena parte de su vida mental “en un mundo de términos mal definidos” y no solo para los académicos analíticos con los que Taubes tuvo que vérselas en los Estados Unidos (véase la página 167).

Muller ha estado trabajando en este libro durante casi veinte años. Experto en el pensamiento conservador,² con una especial atención al conservadurismo alemán —la relación de Taubes con Carl Schmitt, el jurista del nacionalsocialismo y del imperio, de los grandes espacios y el *ius publicum europaeum*, es la cruz de cualquier aproximación a su figura (véase el capítulo 15)—, así como en las transformaciones del capitalismo —el anticapitalismo de Taubes era tan proverbial como su instinto para el *marketing* intelectual (véanse la página 61 y los capítulos 8: ‘El mercader de las ideas’, y 10: ‘Empresario de la teoría’, así como las páginas 279 y ss. sobre la “cultura Suhrkamp”)—, Muller debía enfrentarse a la dificultad que Taubes presenta a todo investigador de su obra que no lo haya conocido en vida: el carácter absolutamente oral de su pensamiento e incluso de su escritura (página 497). El único libro que Taubes publicaría en vida, su tesis doctoral sobre *La escatología occidental*, fue siempre un libro difícil de encontrar y más citado que leído.³ De los otros dos libros que llevan su nombre, *Del culto a la cultura* es una compilación póstuma de ensayos,

¹ En la ceremonia de boda de su hijo Ethan, que el propio Taubes cofició en 1986 poco después de que se le diagnosticara un cáncer incurable, confesaría que había acabado por convertirse en un profesor y que su cargo no podía confundirse con el de rabino: “Un rabino —dijo— puede celebrar el acto ritual, un profesor solo puede contar cómo era el acto ritual o cómo ha de celebrarse. El propio acto ritual se convierte para el profesor en una historia [*story*]. Todo lo que queda visible del misterio es un cuento contado por un profesor. Religiosamente estamos al final de un cuento, el último eslabón en la cadena de la tradición. Para recuperar el misterio que se celebra en el rito del matrimonio hemos de recorrer el camino de la narración, empezar por la historia [*Story*]” (página 481). Tal vez sean las palabras más sinceras de Taubes.

² Una conversación con Irving Kristol y Gertrude Himmelfarb durante un seminario sobre el Maimónides de Leo Strauss en 2003 le puso sobre la pista de Taubes. Strauss pensó en Maimónides como en un *Freigeist*, el “espíritu libre” que Taubes siempre tuvo en mente (véase la página 204).

³ JACOB TAUBES, *Abendländische Eschatologie*, A. Francke Ag. Verlag, Berna, 1947 (*Escatología occidental*, Estudio introductorio de F. Ludueña Romandini, trad. de C. Pivetta y M. Vedda, Miño y Dávila editores, Buenos Aires, 2010).

artículos y conferencias diseminados por publicaciones de medio mundo realizada por Aleida y Jan Assmann, cuya relación con Taubes motiva algunas de las páginas más conmovedoras de su biografía y a los que se debe también *La teología política de Pablo*, que recoge el seminario, casi legendario, que Taubes impartió en Heidelberg poco antes de morir y que conserva inequívocamente, a pesar de las imprescindibles intervenciones editoriales, su verdadero estilo de expresión: es el “libro” al que todos los admiradores de Taubes vuelven una y otra vez.⁴

Pero Muller ha tenido que escuchar además de leer y el principal mérito de su biografía es el de haber compuesto una auténtica sinfonía donde podría haberse producido una interminable disonancia. (Es casi imposible no aducir las lenguas de fuego del espíritu en Pentecostés.) Centenares de entrevistas con quienes conocieron a Taubes se sobrepone a la lectura de documentos de manera que la hermenéutica cobra un valor casi posmoderno, en la medida en que el habla desplaza a la escritura. Por debajo del elegante inglés de Muller es posible percibir —como Taubes decía del hebreo que asomaba en el griego de Pablo— una serie de voces, no siempre elegantes ni amables, resentidas en ocasiones y todas ellas de un marcado carácter testimonial —en respuesta a la controversia que Taubes procuraba siempre suscitar con quien hablaba—, aunque la voz que el lector más habría querido oír —la voz de Schmitt en confesión con Taubes— haya quedado para siempre en el arcano. A cambio, Muller ha logrado presentar al lector casi todas las modulaciones de la conversación de Taubes con Gershom Scholem desde la carta de octubre de 1947 (página 93) hasta el homenaje encubierto de Taubes en su conferencia de 1983 sobre ‘El mesianismo y su precio’ (una obra maestra de seis páginas, recogida también en *Del culto a la cultura*), pasando por la carta de Scholem de octubre de 1951 (véanse páginas 175-7, 436 y 527).

A las voces se unen los lugares y los tiempos. Muller ha reconstruido con fidelidad los escenarios de la vida de Taubes, desde su Viena natal hasta el Berlín donde murió en 1987 a los sesenta y cuatro años, pasando por las universidades americanas, Jerusalén o París (e incluso Madrid, donde admiraría en el Museo del Prado los cuadros de El Bosco) y el cementerio judío de Zúrich donde fue enterrado junto a su madre. No haber conocido personalmente a Taubes no empece que un lector nacido antes de 1987 pueda sentir cierto estremecimiento al saberse coetáneo de Taubes: el presente se transforma en algunas páginas de la biografía en el pozo insondable del pasado con cuya imagen empezaba Thomas Mann *José y sus hermanos*. El descendiente de rabinos que, sin embargo, no educaría a sus hijos en el judaísmo parece haber recorrido, en efecto, toda la tierra, como el judío errante que debía reconocer a Jesús como el Mesías; en este punto, la identificación con Pablo se sobrepone desde muy temprano a toda otra posible imagen que Taubes hubiera querido o podido dar de sí mismo (véanse las páginas 21 y 35), salvo la imagen que la tradición rabínica elaboraría para quienes, como Taubes, “siempre se estaban yendo”: la del *apikores*, el epicúreo o filósofo de la tradición gentil (página 171).

En su Conclusión, Muller reconoce que Taubes fue “un objeto de fascinación”. La etimología de *fascinatio* parece, en efecto, en todas y cada una de sus acepciones —de la oralidad a la obscenidad—, corresponderse con Taubes (véase Horacio, *Epodos* 8.15-20). La biografía de Muller nos permite pensar también en lo que Emerson quiso

⁴ JACOB TAUBES, *Vom Kult zur Kultur. Bausteine zu einer Kritik der historischer Vernunft. Gesammelte Aufsätze zur Religions- und Geistesgeschichte*, ed. de Aleida Assmann et al., Wilhelm Fink Verlag, Múnich, 1996 (*Del culto a la cultura. Elementos para una crítica de la razón histórica*, trad. de S. Villegas, Katz, Madrid, 2007); *Die politische Theologie des Paulus*, ed. de Aleida Assmann et al., Wilhelm Fink, Múnich, 1993 (*La teología política de Pablo*, trad. de M. G^a Baró, Trotta, Madrid, 2007). “Razón histórica” tiene en español una resonancia orteguiana: véase la referencia a Dilthey en *Del culto a la cultura*, p. 212 (cf. pp. 249 y 358).

decir cuando escribió que el propósito más claro del mundo es la edificación (*upbuilding*) de un hombre. Del mismo modo que Taubes no creyó nunca que un texto no pudiera decir, más allá de sí mismo, algo valioso sobre el mundo —a diferencia de la *déconstruction* de un Derrida al que invitaría a participar en su seminario de hermenéutica—, tampoco podía estar de acuerdo con el desmoronamiento del intérprete. *Neu beginnen, Taubes zu interpretieren!*⁵

Antonio Lastra

⁵ Véase *Depeche Mode. Jacob Taubes between Politics, Philosophy, and Religion*, ed. de H.Kopp-Oberstebrink y H. von Sass, Brill, Leiden & Boston, 2022.